

todas las Misas que podía, le abrió la primera luz de la razón, y tenía sus familiares entretenimientos en imitar sus sagradas ceremonias: atraído de sus dulzuras, se estaba en los Templos en que se exponía público, todo el día abstraído y sin alimento alguno. Ya que empezó á gustar de este maná divino, era necesario que su Madre violentara su devoto embeleso, y los Sacristanes su enamorada voluntad, para sacarle de la Iglesia. Puesto ya en las aras, en ellas mismas le hacia al Señor humilde sacrificio de su alma, potencias y sentidos, para que todas sus acciones fueran conformes á su voluntad santísima, y todo lo convirtiera el Señor en sí mismo, para lo que purificaba antes su alma, aun de los mas leves defectos, en la sagrada fuente de la Penitencia; y fuera de otras fervorosas preparaciones, se valia de la intercesion de María Santísima, y le pedia se dignase de adornar su alma con la hermosura de la gracia, y virtudes que le concedió el Altísimo para encarnar en sus entrañas purísimas el Divino Verbo; y esto lo pedia con tal humildad y confianza, que le decía con ardientes afectos: «No pido mas, porque no puede ser, ni menos, porque no quedarían saciados mis anhelos de imitar tan peregrina pureza.»

Con tan fervorosa preparacion, bien se cree que le visitaba el Señor como él le reverenciaba, y que sus amantes afectos eran premiados con singulares favores. Así se vió una ocasion, que diciéndo Misa, tenia como una hoguera esparcida por la cara, y que entre las asquas que la encendian, corrían hilos de lágrimas que la avivaban, y estando con el cuerpo elevado del suelo mas de una

tercia de vara. Efectos de tan soberanos favores eran tambien las diligencias que hacia para que ni el verse postrado en la cama fuera bastante para privarle de la sagrada Comunión: ni el caminar muchos años por montes y desiertos, aun en las tierras de los Bárbaros, era impedimento para celebrar el sacrosanto sacrificio, y para esto llevaba siempre los Ornamentos; y si por algun invencible obstáculo, algun dia no podia decir Misa, tenia este por el mayor de sus trabajos, porque en los penosísimos de sus misiones, todos lo eran suaves, teniendo en el divino Sacramento toda la fortaleza su espíritu.

Siempre que el Santísimo Sacramento estaba patente, no sabia separarse de su divina presencia, girando su corazon en torno de la llama que oculta tan alto Misterio. Si saliendo del Colegio sabia que en algun Templo estaba descubierta, se iba á él solícito, le adoraba postrado, y puesto en Cruz, ofrecia su alma como víctima del amor al pie de la ara, y con su devocion daba exemplo para que todos le adoraran con viva fe y humilde rendimiento, y se ponía en cruz, para reverenciar en el Sacramento la memoria del sacrificio que Jesu-christo hizo en el Calvario, porque este era el único imán de sus potencias y afectos, y que siempre traía en su corazon crucificado. De este volcan que abrigaba en el seno, nacian los ambientes fogosos que impetuosamente respiraba su espíritu, y con que calentaba y encendia á quantos le escuchaban. Viva Jesus era su acostumbrada salutacion, que dexó impresa hasta en los bárbaros Gentiles, para mover los corazones de todos á que invocaran en ella al Hijo de Dios, su Mesías verdadero y Salvador del

Mundo, al que miraron todas las profecias y figuras del antiguo Testamento, y todos los votos de los Patriarcas, como esperanza de las gentes, gloria, felicidad y consuelo de los Christianos.

Jesus era el principio de todas sus palabras, obras y pensamientos, para que todo fuera en nombre del Salvador, que con el precio infinito de su sangre, redimió la libertad y felicidad de los hombres, cautivos del pecado y del Infierno. Por eso en todos sus Sermones, aunque fuesen panegíricos, era el tema el mismo de San Pablo: *Nosotros predicamos á Christo crucificado*. Articulaban estas voces, su caridad y su zelo, dictadas del amor de su crucificado dueño; y así, clamaba sin cesar en los Púlpitos, exhortaba en los Confesionarios, y hacia todos los dias especiales oraciones por todos los redimidos, para que tuvieran mucha veneracion á la Pasion de Christo, y que ninguno perdiera el infinito precio que dió por su rescate y remedio.

A este fin era su oracion continua, tendidos en cruz los brazos, y así hacia el exercicio de las tres horas que estuvo Christo vivo y crucificado, meditando tan excesivas finezas, y llorando el olvido de los hombres, é ingratitud de los pecadores. Con el mismo respeto hacia todos los dias el de la Via-Saera, cargado de una pesada Cruz, con soga y corona de espinas, concluyéndolo con cruel disciplina. Quando era Prelado en los Colegios, lo rezaba con la Comunidad, y quando en cada paso proponía el punto que se habia de meditar, lo hacia con tal ternura, viveza de afectos y centellas de amor, que inflamaba los corazones de los Religiosos. Era tanto el amor que le tenia á la

santa Cruz, que quisiera estar siempre crucificado, y para lograr los ratos que podia, tenia en la Celda puestos dos clavos, como que fueran para otra cosa, y agarrado de ellos, estaba en cruz el tiempo que podia. En la misma figura caminaba largos ratos con el báculo atravesado en los hombros, y mientras los Compañeros descansaban, se ponía en cruz en el campo, agarrado de las ramas de algun árbol. En los quatro Obispos de Guatemala extendió tanto el exercicio de la Via-Saera, que segun cómputo del Señor Obispo de Puerto-Rico, se erigieron mas de dos mil y quinientos Calvarios; pero de los que puso en todos los de este Reyno, no seria fácil hacer ni aun moral cálculo, porque siendo su máxima ordinaria, que la mejor devocion que puede tener el Christiano, es la de pensar en la Pasion de Christo, para facilitársela á todos, ponía las Cruces en las Iglesias, y hasta en las casas; y para darles una idea práctica de ella en sus misiones, salía los Viernes descalzo, con soga y corona de espinas, y Cruz acuestas, y así pasaba la Ciudad ó Pueblo hasta donde estaba puesto el Calvario, y allí exhalaba el corazon por los ojos con copiosísimas lágrimas, y con compasivas voces lamentaba la torpe ingratitud de los mortales, y les exhortaba al dolor y enmienda de sus culpas, enseñándoles á reverenciar la santísima Pasion, que quisiera imprimir en todas las almas, para que no respiraran sino amorosas correspondencias á finezas tan indecibles. De forma, que se puede asegurar que la vida y muerte de Christo, fue toda su vida una como innata ocupacion de su memoria, estudiva tarea de su entendimiento y único objeto de su voluntad.

CAPITULO XXV.

De la Oracion, Contemplacion y Devocion del V. Padre.

EL uso de la razon y el de la oracion fueron producidos á un mismo tiempo en el entendimiento del V. Padre, pues la educacion de su piadosa Madre, le impuso desde sus primeros años en recogerse á un quarto para tan excelente ejercicio. En él elevaba su humilde afecto la robustísima columna de la oracion sobre el sólido fundamento de la fe, y excitado de su firme esperanza y encendida caridad, hacia de sus afectos, heroicos actos de religion, engolfado en la oracion meditativa, por la consideracion de los divinos Misterios, y en la contemplativa, por la vista con que adoraba, enagenado de sí mismo, á solo Dios, con que fomentaba su continua devocion. Fue esta tan extática, que era admiracion de muchos ver un tierno niño absorto en la presencia del divinísimo Sacramento, y tan robusto su espíritu, que ni se acordaba de tomar alimentos: lo fue tambien, quando estudiaba las lecciones de la Aula á la luz de la Lámpara que ardia delante de su Magestad Sacramentada, y lo fue siempre en todos los Conventos, por sus devotos ejercicios; pero quando el Señor le llamó al ministerio apostólico, parece que por aquel continuo ejercicio de la oracion contemplativa, le elevó por especial favor, á la infusa y habitual, con lo que ya era objeto de la atencion de los Varones mas circunspectos.

En todo tiempo y lugar no perdía de vista la divina presencia, y quando caminaba, formaba una cade-

na de oro en que llevaba á todos sus sentidos, y presa el alma con muy devotos ejercicios, para invocar á Dios, á Maria Santísima y á los Santos. Su primera atencion era rezar el Oficio divino, luego la Corona de nuestra Señora, seguía la Via Sacra y otras devociones; y si la jornada era larga, proponía á los Compañeros un caso práctico de Moral, ó un punto de la Regla Seráfica, y así se invertía el tiempo y divertía el trabajo del camino, para que no le fuese pesado al alma, como lo era para el cuerpo. En los años que acompañó al V. P. Fr. Melchor, velaban por horas alternadas y en ferviente oracion, la Imagen de Christo crucificado, para alcanzar del Señor el espíritu y gracias que al dia siguiente habian de comunicar á sus próximos.

En los Colegios era su oracion tan continua, que no durmiendo mas que quatro horas en diversos ratos, todo el tiempo que le quedaba de los actos de Comunidad y ministerios del Instituto, los empleaba orando, porque este era su apetecido descanso, y la óptima parte que habia elegido para no perder la presencia de Dios, quando le era necesario para su mayor honra, andar en el labirinto de los comercios del Mundo. En ningún caso se vió ocioso, ni confabulando con otros, y si asistía á la recreacion religiosa, solo se le oían cosas de edificacion, ni nunca se le vió entretenerse en alguna especie de juego de los que suelen usar los Religiosos, sino que se retiraba con disimulo de-

bajo de un árbol, para dar lugar á sus amantes afectos, los que luego le impelían á ir á desahogarse en el Coro. Eran allí tan encendidos, que á pesar de sus cautelas, el mismo Dios, que es admirable en sus Santos, y se digna de manifestar con algunas sobrenaturales señales, quan gratas y acceptas le son sus oraciones, quiso que algunas veces le vieran revertir del rostro visibles llamas. Una tarde, al entrar un Religioso en el Coro, observó ciertos resplandores, mas lucidos que los que podian dar en aquel lugar los rayos del Sol, y buscando por todas partes la causa de ellos, no halló mas que al V. Padre, recogido detras de una banca, y cubierto el rostro con un pobre pañuelo, y así se ejerció bien de que de él salian las luces, por estar enagenado de los sentidos, y le fue necesario moverle, para que despertara de su amoroso delirio, por ser ya la hora de que la Comunidad asistiera al Coro.

Con oracion tan continua y contemplacion tan heroica, serian muchos los frutos que gozaria su alma en otros admirables raptos, luces misteriosas y divinas inteligencias, pues siempre salia de ellas cargado de tesoros y enriquecido de despojos, al consuelo y direccion mística de singulares espíritus, al socorro de muchas almas que estaban en extremo peligro de perderse, y á otros auxilios propios del ministerio; pero la moderacion con que en todo se portaba, y la cautela con que las encubria, dexaron selladas en su pecho muchas, que serian para la comun edificacion, de grande exemplo; pero en algunas, quiso la soberana Providencia fueran irritas, y las hizo ver para su mayor gloria. Muchas veces tuvo la felicidad de gozar visiblemente

al Señor en forma de un tierno niño, regalándose con él en la Celda. Este inefable favor que se publicó en el funeral de Guatemala, se confirmó tambien por la V. M. Sor. Maria Mitcaela, Fundadora del Convento de Santa Clara de la misma Ciudad; é Hija espiritual del V. Padre, que murió con opinion y fama de Santidad; pues aunque lo conservaba en su pecho, segun las leyes de una religiosa confianza, despues de muerto el V. Padre, se lo hizo declarar la obediencia.

Fue la vida del V. P. Fr. Antonio la que llaman mixta los Místicos, porque en ella los Varones justos salen del secreto de la contemplativa, á los ministerios de la activa, y de estos vuelven á la contemplacion intima, para alabar á Dios, de quien recibieron lo que exteriormente obraron para su mayor gloria; y como Dios quiere que algunas veces los contemplativos salgan á la vida activa para que aprovechen á sus próximos, tambien otras quiere que ninguno les inquiete, sino que descansen en el seno de una contemplacion suavísima. El mismo Christo, Señor, Maestro y Doctor nuestro, como exemplar y prototipo de todas las virtudes, quiso exercitar perfectísimamente una y otra vida, é impuso en esto á sus Apóstoles y demas Santos, que lo siguieron.

Dirigia el Siervo de Dios los encendidos afectos de su oracion al Sumo Bien, principal autor de la gracia y de la Gloria, y primera causa de todos los beneficios que se dirigen á ellas, y á los Santos, como á intercesores delante de Dios, para alcanzarlas; y con este orden recurria á la Madre de Dios, pidiéndole le admitiera los deseos y humildes votos de

ser su mas humilde esclavo. Desde sus tiernos años le instruyó su Christiana Madre en estos afectos, haciéndole entender que se lo había ofrecido y entregado á la divina Señora, y en este concepto se esmeraba desde niño en su devocion y obsequio, y ayunaba desde entónces, y toda su vida, los Sábados, disponiéndose con particulares prevenciones para celebrar sus festividades. Por eso quando le requerian algunos por verle tan desprendido del amor de su Madre, que ni aun quando profesó en la Religion, ni después, solicitaba el verla, les decia: «Yo no tengo mas Madre que Maria Santísima.» Y aun á su Madre misma, quando al despedirse para partir á las Indias le dixo: «¿Como, Hijo mio, quieres irte y dexarme, quando yo esperaba de tí algun consuelo, y que en la hora de la muerte te encontraran mis ansias á mi cabecera? Le respondió: Madre mia, quando yo entré en la Religion, dexé ya á Vm. y tomé por Madre á Maria Santísima:: Mi Madre se consuele con el Señor, que su divina Magestad cuidará de Vm.; y si el Señor me dá su gracia, no faltaré en asistirle á la hora de su muerte.» Tan heroica como esta era la confianza que tenia de alcanzar del Señor qualquiera gracia; por la intercesion de la divina Reyna; y con tan religiosa persuasion, siempre recurria á esta indefectible hermosa fuente de la gracia y de la dulzura, fixando en todas sus empresas los ojos en esta apacible Estrella, de forma que esperaria hasta imposibles de su proteccion soberana.

Tenia ofrecidos los ejercicios de cada dia. Los de la mañana, en veneracion y memoria de los pasos que anduvo Jesus desde el Cenáculo

hasta el Calvario; y los de la tarde, en reverencia y compasion de los que Maria Santísima dió desde el Sepulcro hasta el Cenáculo. Con estas continuas y vivas consideraciones, tenia perpetuamente en su corazon á Jesus y á Maria, y no podia dexar de tenerles tambien en su lengua. Para imitar como á Jesus, á Maria, ponía especial esmero en practicar las doctrinas que en la Mística Ciudad de Dios dá descifrada la excelencia de sus virtudes, con las que tambien excitaba á su imitacion á las almas. En todas las dudas que le ocurrian, se proponia para no errar, lo que en el mismo caso haria Maria Santísima; y así, siempre tomaba la resolucion mas segura. En todas sus Prelacias se hacia cuenta de que la divina Señora era la verdadera Prelada, y él solo su Vicario y esclavo; y á la noche, postrado en su presencia, decia sus culpas, y todos los defectos que podia haber tenido en el gobierno, y le pedia luz para dirigirlo al servicio del legítimo Prelado Jesuchristo; y poniendo á los pies de la Señora las llaves de la clausura, le recomendaba encarecidamente el cuidado y amor de todos sus Súbditos.

Para arraigar mas vivamente el amor y confianza que todos los Religiosos debian tener á su soberana Reyna, desde que fue Presidente del Colegio de Zacatecas, les persuadió, que en reconocimiento del Patronato titular que tiene en él, la eligieran por su principal Prelada, conforme á las devotísimas circunstancias que se leen en la N. M. Maria de Jesus, cuya imitacion abrazaron gustosos, y la votaron en el dia de nuestra Señora de Guadalupe, por su legítima Prelada, y todos los años renuevan sus religiosos votos con nuevos fervores

de sus afectos; y consuelo de sus espíritus; á cuyo exemplar han seguido los demas Colegios, protestando por su primera Prelada á la divina Señora, y el Guardian solo Vicario suyo, como tambien el cumplimiento de varios obsequios, como el de ayunar los Sábados, y otros diarios que se practican todo el año.

Para todas las festividades de nuestra Señora se prevenia con ayunos y otros ejercicios extraordinarios; pero era mayor su esmero en el tiempo en que la Iglesia hace memoria de los acerbos dolores de esta Reyna de los Mártires, pues los veneraba, exercitándose en su consideracion por tres horas, y era con la mayor concurrencia que podia, y aun en los campos y Misiones de Infeles, siendo en todas partes poderoso incentivo de devocion, verle, y oír los afectos que de su amante corazon centelleaban en sus palabras y fervorosas exhortaciones, consistiendo su eficacia, no solo en las ternuras de sus labios, sino tambien de sus ojos.

Promovia con infatigable zelo la devocion del santo Rosario, rezándolo á coros todos los dias en las Misiones, y estableciéndola en todas las Ciudades, Pueblos, y hasta en las chozas de los Pastores; y como la persuadia, ponderando que es tan fecunda de misterios, como de beneficios, concurriria tambien la divina Señora, les favorece extraordinarios, para que no fueran irritas las promesas de su Siervo. Confesándose con el V. P. Fr. Melchór, le declaró un hombre, que estando su muger en el último peligro, por un parto muy avieso, hizo todos los remedios posibles, pero sin efecto alguno, y su misma afliccion le sugirió que echara mano del cordon del Rosario, en que el V. P. Fr. An-

tonio le habia puesto unos nudos para separar siete cuentas en que rezara siete Padres nuestros y Ave Marias en reverencia de los Dolores de Maria Santísima; y cortándolos, los hizo polvos, que le dió en una poca de agua á la moribunda, y al instante dió á luz la criatura, y quedó la muger sana, premiando el Señor su fe, y confirmándolo en la que debia tener en los Misterios que se reverencian en el santo Rosario, y en la intercesion con que favorece Maria Santísima á sus devotos.

Siempre fue su acostumbrada salutacion, decir: *Viva Jesus, Ave Maria Santísima*, y en ella imponia á los Indios, aunque fueran Gentiles, para que con ella se saludaran unos á otros, en lo que manifestó el Señor su divino agrado, pues quiso perfeccionar sus alabanzas, haciendo expeditas las lenguas de los infantes, para que dexando los pechos de sus Madres, profirieran tan soberanos nombres. Testigo calificado y de vista fue el R. P. Fr. Blas Guillen, quien juró en declaracion formal, que estando de Compañero suyo en las Misiones del Chol, una siesta llegó una India neófitá buscando al V. Padre, y saliendo él á verla, la saludó diciendo: Ave Maria Santísima, la India le respondió, sin pecado concebida, pero el niño que traía á los pechos, y era como de dos años, trayendo en la mano una flor, la extendió para dársela al Padre, y en voz clara y perceptible dixo: *Viva Jesus*.

Con igual admiracion sucedió en la Conquista de Peten-Isat, en un Pueblo ya reducido, que estando el V. Padre con el Capitan y otros muchos, llegó una India de las recién convertidas á hablarle, y llevando entre los brazos una criatura pequeña,

el Padre le dixo: Tunico, Ave Maria Santisima, y el niño le respondió, oyéndolo todos, sin pecado concebida, mi Padre. Así confirmaba la fe del Evangelio, que el V. Misionero les promulgaba á aquellos Paganos, la soberana Providencia, con prodigios no vistos en el antiguo Testamento, en el que se admiraron tantos y tan portentosos milagros, pues aunque en él se leen las alabanzas de Dios en las bocas de Joseph, Samuel, Daniel y otros infantes; pero todos estaban ya en edad juvenil, y ninguno en la lactancia, como que estaba reservada esta maravilla solo para ensalzar los triunfos del Mesias verdadero, cuya virtud divina formaba las palabras en los inocentes labios de aquellos tiernecitos niños.

Dirigia tambien el V. Padre sus religiosos votos y humildes oraciones á los Coros de los Angeles, y á su Príncipe San Miguel, al que dedicó la Mision limitanea de la Corona, para que como Capitan General de la Iglesia, defendiera la entrada de aquellas Provincias. Era tambien devotísimo de la sagrada familia San Joaquín y Santa Ana, esmerando sus afectos con el gloriosísimo Esposo de Maria Santísima el Señor San Joseph, y se encomendaba á otros muchos Santos, invocándoles por Abogados y medianeros con la Magestad divina, para alcanzar sus inefables

CAPÍTULO XXVI.

De la Caridad que el V. Padre tenia á sus próximos, y del ardiente zelo con que solicitaba la salvacion de sus almas.

LOS Filósofos que mas seriamente observaron la conexion de unos vicios con otros, ha-

misericordias en todas sus misiones, ya en la conversion de los pecadores, ya en la reduccion de los Neófitos y Catecúmenos.

Desde sus mas tiernos años fue creciendo con la edad la cordial y fervorosa devocion que tuvo al Seráfico Patriarca y Padre nuestro San Francisco, cuya vida anhelaba para modelo de la suya, y deseaba imitar sus fervores, aprendiendo de sus mortificaciones la penitencia, de su humildad y pobreza, la práctica de estas mismas virtudes; por eso observaba con desvelo y estudio la que se contiene en los Capítulos de su evangélica Regla, y deseando imprimirla en su alma, siempre la traía consigo, como tambien el libro intitulado: Espejo de los Frayles Menores, que continuamente leía; y aun en los caminos y tareas de sus misiones, les proponia, y conferenciaba con los Compañeros, la inteligencia y práctica de cada uno de sus Capítulos. Para celebrar con espíritu las festividades de su Seráfico Padre, se prevenia dias antes con ejercicios de mortificaciones y ayunos, avivando en ellos sus deseos de imitar sus virtudes, y de trasladar á su alma el encendido amor á Christo crucificado, siguiendo todos los movimientos de aquel luminoso Astro, para beber en sus rayos alambicado el fuego.

llaron que dista mucho el afecto pasivo, del que es apocado; y por eso asentaron que el de la crueldad es

propio de los cobardes, lo que confirman las experiencias, pues es rarísimo el hombre animoso que decline á ser inhumano: de este principio inferian, que el genio que es conmisericordioso hacía las bestias, probaba un gran fondo de misericordia hácia los individuos de su propia especie, y del que es compasivo con un bruto, mejor se debe creer que lo será con un hombre. Esta equanimidad y mansedumbre, era el carácter y distintivo que indicaba en el V. P. Fr. Antonio un corazón christiano, sabio y magnánimo; y quando se veía entrar en las mas difíciles empresas é inminentes peligros, con el denuedo y animosidad de un intrépido Héroe, sin mas interes que el amor á los hombres, por la tiernísima compasion con que solicitaba el bien de sus almas, se le veía comprobar esta conmisericordia piadosa, aun con las venenosas Víboras. Andando por los desiertos de Texas, llegó á sestar baxo de un árbol, y el rigor del Sol hizo á una de ellas buscar refrigerio en la copa del sombrero del V. Padre, vióla con gran susto el Compañero, y arbitrabá el medio mas seguro para matarla, pero se lo estorvó con decirle: ¿Para qué quiere quitarle la vida que no le dió? Y cogiéndola en las manos, la alhagaba y decia: ¿No ve como no hace mal alguno? y le dió soltura para que se fuera. Accion fue esta, en que si se vió probado el privilegio con que el Señor habia dotado la primera inocencia, calificaba tambien la de aquella alma, cuya magnánima mansedumbre era tan agena de dañar á alguno, como ingenua en beneficiar á todos, sin excluir á los que pudieran ofenderle.

Por este hábito de caridad que el V. Padre tuvo desde los primeros

lustros de su inocente vida, era tan pronto, fácil y expedito para servir á todos con alegría y diligencia, sin reparar en los mas humildes y trabajosos ejercicios, ni exceptuar algun necesitado. Siendo Prelado se esmeraba en dar á todos consuelo, y procurar á los enfermos los posibles socorros, aunque fuesen extraños, pues su amabilísimo genio no conocia distincion entre sus próximos. Visitaba y consolaba á los infelices que gemian en las Cárceles y Hospitales, sacrificándose todo, por facilitarles su corporal alivio y espiritual remedio: solicitaba saber de muchos pobres vergonzantes, para que sufriendo él la vergüenza que les tenia confundidos, pudieran tener socorro, el que pedia á los ricos, ó se lo franqueaba de las limosnas del Colegio, confirmando la soberana Providencia en su profusion caritativa, no sin pruebas de prodigiosa, pues el Portero, y V. Fr. Antonio de los Angeles, confesó, »que »habiéndole dado orden de que »mediara de las limosnas quantas »necesidades se le presentaran, parecia »que el Guardian y él contendian á »porfia con Dios, su Magestad con »enviar socorros, y ellos con repar- »tirlos á los pobres; pero que siem- »pre el Señor quedaba vencedor con »su poderosa mano.»

Mas relevantes pruebas de la caridad del V. Padre eran las del inextinguible zelo con que siempre que mediara la honra de Dios ó el bien de las almas, no rehusaba los mas duros trabajos; y reflexando en los de toda su vida, se verá la pronta voluntad, ciega obediencia y gustosa execucion con que por tan nobles intereses la exponia y sacrificaba. Quarenta y quatro años continuos, que desde que salió de su Provincia me-

dieron hasta su muerte, no dexó de padecer, ya en el mar, ó ya en las dilatadas Provincias de esta América, andándolas con apostólico tezon, sin descanso alguno, pobre, á pie, y sin mas viático, aun en las tierras inconquistadas, que el de la divina Providencia. En todas ellas transitó millares de leguas, sin dexar de predicar y confesar continuamente, de lo que admirado el Illmó. Señor Arzobispo de Manila Dr. D. Carlos Bermudez de Castro, no dudó imprimir: «Que el V. Padre fue voz que clamó en las Ciudades, en los Pueblos, en los campos, en las montañas, en los desiertos, hasta las mas distantes naciones. Fue voz de Leon para la idolatria, voz de Cordero para los penitentes, voz de Angel para los virtuosos, voz de trueno para los protervos, voz de Padre para los desconsolados, voz de Pastor para los extraviados.» Ilustre prueba de todo esto fue el que la Real Audiencia de Guatemala, hasta tres veces, interpusiera con los Prelados Superiores sus respetables súplicas, para que fuera á aquella Ciudad á apagar el fuego en que se ardia de pleytos y discordias, pues solo el P. Margil, decian, los podía sosegar.

Fundábase esta confianza en la quotidiana solicitud con que excitaba con su doctrina y exemplo á la verdadera penitencia, y movia á todos á caminar por el camino de la cruz, para llegar al fin de su felicidad eterna. Pero el logro de tan vivos anhelos, le costaba al V. Padre amarguissimas lágrimas; pues preguntándole tres personas, ¿qual era la causa? al verle llorar sin consuelo: «Lloro, les respondió, porque se ofende á Dios, y porque se condenan muchas almas. Lloro por ver que por pocas y

»muy ruines cosas le ofenden los mis-
»mos que por Christianos blasonan
»de Hijos de Dios.» Este mismo fervoroso afecto explicaba quando decia: «Quisiera hacerme menudos pedazos porque Dios no fuera ofendido. Quisiera vivir y trabajar hasta el fin del Mundo para ganarle almas á Dios.» No se quedaban en solo voces estos deseos, pues los hacia efectivos, quando los juzgaba oportunos para remediar la perdicion de sus próximos, y fueron muchas las veces en que viendo ineficaces sus exhortaciones, para evitar algunos viciosos excesos que eran la ruina de las almas, no solo interponia desvelos, sonrosos y trabajos, sino tambien prolixas oraciones, crueles mortificaciones y sangrientas disciplinas, que siendo con cadenas de fierro, llegaron á desmayarlo, hasta caer sobre su misma sangre en el suelo. Así clamaba al Señor este Moyses evengélico por los pecados de su Pueblo, y así pedia el perdón para todos los culpados, exponiendo en la solicitud de su enmienda, muchas veces, su salud y su vida, y perseverando en este zelo hasta su última hora.

Era este, no ciego ni amargo, sino sobrio, segun la ciencia del Evangelio, y por eso animado del Espíritu Santo, y exercitado en las virtudes que constituyen en el alma el hábito de una christiana prudencia. Obraba siempre, consultando, juzgando y eligiendo el bien que habia de seguir, ó el mal que habia de evitar, poniendo los medios mas oportunos para dirigir sus acciones propias, ó las ajenas, al último y sobrenatural fin, de forma que aunque fuesen muy arduos los negocios que en su apostólico ministerio le ocurrían, se desocupaba de sus dificultades, con expedición, faci-

lidad y prontitud, y todas sus resoluciones eran como dictadas del don de Consejo, con que favorece á los Justos el Espíritu Santo. Era, como Moyses, de genio docilísimo, y por eso consultaba á otros, y especialmente á sus Prelados. Era humildísimo, y así se sujetaba á la direccion de otros, hasta en sus penales ejercicios. Clementísimo, para condolerse de las miserias de sus próximos. Modestísimo, para evitar los engrimientos del amor propio, y moderadísimo en todos sus consejos, pues para no errar en ellos, recurría al propiciatorio de la oracion, y pedia al Señor luz para el acierto.

Así se vió, que gobernando tantos años los tres Colegios, se hizo tan amable de todos, que entre las apariencias de Prelado, le veneraban mas como á Padre, sus Súbditos; y si corregia á alguno, era con tal prudencia y caridad, que le dexaba consolado, por lo que deseaban todos que nunca les faltara su gobierno. Con el mismo acierto daba sus dictámenes en las respuestas de muchas Cartas en que se le consultaban negocios gravísimos, y en otras con que instrua en la vía mística muchas almas, animando á unas en sus espirituales congozas, y fervorizando á otras en la virtud y perfeccion christiana; y así, venia á ser su prudencia una lucerna evangélica que iluminaba los Claustros, las Ciudades, los Pueblos y los mas humildes cortijos, y así alumbraba á los Prelados, á los Superiores, á los ricos y á los pobres; pero aunque todas las virtudes eran la regla de su prudencia, su mayor complemento se hacia admirar en una simplicidad columbina, que era propia de su inocente alma; y como aborrecia toda duplicidad y dolo, lo mis-

mo que en su corazon tenia, lo tenia tambien en su lengua, y en todas y cada una de sus palabras, nada procuraba para sí, y solo las proferia para la mayor honra y gloria de Dios, ó beneficio del próximo.

Con esta ingenuidad natural trataba igualmente á todos, y á todos les servia con prontitud en quanto podia serles de obsequio ó provecho, á los grandes, á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los Religiosos y á los Seculares, sin excepcion de personas, siendo el mismo en lo público que en lo privado, siempre con la misma hilaridad de ánimo y de rostro, que demostraba la interior de su pecho: ni jamás se oyó de su boca mentira alguna, sino la verdad pura, aunque por ella pudieran algunos criticar su sinceridad como estulticia, ó como ignorancia.

Por tal tendria el alto vulgo, y á su remedo el mas plebeyo, la respuesta que le dió al Señor Presidente de una Real Audiencia de este Reyno, que le consultó, si le sería lícito poner una casa de juego, para con sus utilidades poner en estado á sus hijos? Tenia el V. Padre muy presentes las muchas y muy antiguas Leyes de los Católicos Monarcas, que prohiben las tahurerías, y ponen graves penas á los que ponen tales casas; y suponiendo que dicho Señor no podía ignorarlas, pero que no haria escrúpulo de ellas, por reputarlas puramente penales, le contextó con otras, á que ni toda su ciencia pudiera eludir la fuerza de su justicia; y así, le dixo: «Lo mismo será poner V. S. juego, que poner fuego con que Dios nuestro Señor queme y abrase á V. S. y á todas sus cosas. Si á V. S. le denunciaren un famoso Ladron, no debería, como buen Juez, perseguir-

le, aprisionarle, seguirle la causa y ponerle en la horca? Pues pregunte V. S. á los Jugadores, quién les ha quitado el caudal, y verá como unos le dicen que el juego les quitó el patrimonio, otros le dirán que les quitó la Tienda, otros que les quitó el capote, y otros que les quitó la camisa. ¿Y á este Ladrón quiere V. S. amparar? ¿No hará quanto pudiere para ponerle en la Cárcel y ahorcarle? Fuera de esto, ¿quantos juramentos, maldiciones, blasfemias y otras ofensas de Dios no se cometen en el juego, como Sinagoga que es del Diabolo? Sé que nos hemos de ver en el Tribunal de Dios, y para que V. S. allí no me acuse, le hablo aquí con esta entereza. »

Así zelaba el V. Padre la observancia de la Justicia legal, á la que pertenece la de todas las Leyes, cuyo objeto es directamente el bien comun y pública utilidad de los Pueblos; y para que estos se conservaran en una perfecta union y caridad christiana, esforzaba todo el vigor de su zelo, exhortando á los Jueces á la vigilancia con que debian hacer que se guardasen las Leyes, y cumpliesen las penas que incurren sus transgresores. Misionando en la Villa de Lagos, estaba hospedado en casa de un Alcalde Ordinario, y habiendo éste sentenciado á azotes á un público malhechor, empeñaron su autoridad muchas personas de respeto para libertarle; pero viéndole inexorable, acudieron al V. Padre: haciéndole dexar el Confesonario, oyó su peticion, hecho cargo de sus circunstancias, prorrumpió diciendo: «Que se los dén, Justicia, Justicia; y despues, abrazando al Juez, repetia: Justicia, ahora lo quiero mas, Dios le pague la caridad: buena mision de peni-

tencia: si así lo hicieran todos, no se perderian tantos.» Notable aspereza parece esta en el Siervo de Dios, quando era mas fácil que le faltase el ayre para formar las palabras, que no la dulzura á su boca; pero atendia á que la Justicia es la Emperatriz y Reyna de todas las virtudes, pues las contiene con eminencia y universalidad de causa, para beneficio comun de los Pueblos, al modo que el Sol ilumina y conserva todos los cuerpos.

Por eso en todas sus acciones se veían relucir todas las partes potenciales de la Justicia, conforme á las circunstancias actuales de su estado y ministerio. En la obediencia de sus Superiores, en la observancia de las Leyes de su Religion é Instituto, en el exemplo con que estimulaba á obrar lo mas perfecto, en la exactitud con que de Prelado exercia la Justicia distributiva y conmutativa con sus Súbditos, en la imparcialidad con que trataba á todos como á hermanos, en la liberalidad con que les franqueaba todo lo necesario, en la equidad con que juzgaba sin pasion los defectos, sin dar lugar á infundadas sospechas ni cabilaciones maliciosas, en la religion con que daba al Señor los debidos cultos, y exercia sus actos con fervoroso espíritu, en la solicitud de la mayor decencia de las Iglesias y Altares, en la observancia de las sagradas ceremonias, en el fervor con que asistia en el Coro, y quando andaba en sus peregrinaciones lo formaba en los campos, en la perseverancia con que siempre obraba sus piadosos ejercicios.

En ellos mismos se confirmaba su christiana fortaleza, porque si ella consiste en vencer la carne, contradecir la propia voluntad, despreciar los deleites de esta vida, amar los

trabajos del Mundo por los eternos premios, renunciar las prosperidades, y superar el miedo de todo lo adverso: como en toda su vida estas fueron las máximas y reglas que observaba, obrando segun ellas, con confianza y magnificencia, con paciencia y perseverancia, es de creer que en todas sus apostólicas empresas, para reducir á los pecadores á penitencia, y sujetar á los Gentiles á la Santa Iglesia, en todos los desvelos, penitencias, Sermones, confesiones, trabajos, caminos, peligros y contradicciones que toleró por conseguir la mayor honra de Dios y salvacion de las almas, le fortalecia y consolidaba el don de Fortaleza, para emprender cosas tan arduas, y entregarse á ellas con la prontitud y animosidad que solo puede infundir el divino Espíritu, y su soberana gracia.

Misionando en el Obispado de Nicaragua, habia en un Pueblo un Indio, tan astuto como hipócrita, que con exterioridades y embustes, tenia engañado á su Párroco; y estando el V. Padre presente, le dixo: éste es un Santo; pero la respuesta fue tomarle de la barba, y meciéndole dixo: ¿Este Santo? El mayor perro que tiene todo este Reyno de Guatemala. Viendo el Indio que el Misionero descubria con luz superior sus malas artes y astucias, se postró á sus pies, diciendo: ya llegó el tiempo; y fue así, porque él mismo declaró ser el principal fautor de todas las hechizarias y engaños que ya quedan referidos. Orgulloso otro Indio Capitan de una nacion de Gentiles, se burlaba de las suaves persuasiones del V. Padre, por lo que los demas se resistian á recibir la Fe que les predicaba; pero enardecido en el zelo de la santa Fe, se le encaró, con resolucion tan va-

liente, que los Soldados le dixerón: Padre, ¿que es lo que ha hecho? Ahora quedamos todos á manos de estos; pero fue mayor su admiracion que su miedo, quando vieron al Indio postrado á sus pies, y tan preocupado de sus increpaciones, como de su terror y espanto; y besándole la mano, se reduxo él con toda su gente á la sujecion de la Ley de Christo y santo Bautismo. Obraba el Siervo de Dios con varonil fortaleza la voluntad del Señor, que le habia destinado á la promulgacion de su Ley evangélica, y ella misma confortaba su ánimo con el glorioso triunfo de la reduccion de aquellos Bárbaros á su suave yugo.

Del mismo modo consolidaba su espíritu en una como innata y genial templanza, que le hacia sin violencia, abstinentes, parco, sobrio, moderado, púdico, callado, sério y vergonzoso: con ella misma templaba toda liviandad, refrenaba sus afectos, aumentaba sus santos deseos, castigaba los vicios, y ordenando con una christiana templanza todos sus interiores movimientos, corroboraba sus buenos propósitos, aspirando siempre, con una plácida tranquilidad, á obrar lo mas perfecto, y á conseguir de sus partes potenciales la primera, que es la humildad, y de las sujetivas, la virginidad y pureza.

Era la humildad del P. Fr. Antonio, el fruto mas delicioso que le producía el altísimo concepto que formaba su espíritu de la incomprehensible grandeza de Dios y de sus atributos. En él conocia que todas las criaturas son con propiedad casi nada, porque la infinita distancia que percibia entre estos dos extremos, le hacia ver quan léjos están de ser algo, y este racional desengaño le obligaba á que para dar una nocion cier-

ta de su persona, se firmara en todas sus Cartas la misma nada, y reputaba como impropios de ella todos los honores, y solo debidos los desprecios. Sobre este principio, quando se veía venerado de todos por Santo, aplaudido de todo género de gentes, seguido de innumerable gentío por los caminos, recibido en los Pueblos con palmas y ramos, postrados á besar sus pies los hombres, y celebrado de ambos Reynos, nada inmutaba la serenidad de su alma, porque reflexando en sí mismo y en su propia nada, decía: «Estas honras no son á mí, que soy un hombre vil y miserable, sino á la dignidad del ministerio apostólico. Son á mi Señor Jesuchristo, de quien estoy vestido, y cuya persona represento en este altísimo empleo de Misionero, y así, no excuso estas honras, por no privar al Señor de esta gloria.»

Con tan raro genio de su humildad, templaba el V. Padre sus interiores afectos, y en su propio conocimiento hallaba la razon de negarse á sí mismo, para que todo el honor y alabanza fueran dirigidas á su crucificado dueño, y solo á él le conocieran por los epítetos con que continuamente se llamaba Bestia, Borrico ó Jumento.

Ni era esta humildad de solo palabras, sino practicada en heroicas acciones y públicas afrentas. Instado de muchas personas que le calificaron de justa y decorosa á su Colegio cierta propuesta, la consultó, antes de promoverla, con uno de los Prelados de Guatemala, y al punto se la repelió, no solo con desayre, sino con injuriosa aspereza; y al oírle el V. Padre, se levantó, y besándole la mano, le dió gracias por el desengaño, y le suplicó que así lo hiciera siempre.

Mas público fué el sonrojo con que un Párroco le mandó baxar del Púlpito, llenándole de injurias y desprecios, á los que correspondió obedeciéndolo, y arrojándose á sus pies para besarlos; pero lo mas admirable es, que pasado tiempo, concurrió con él delante del Señor Obispo, y le hizo las mismas demostraciones, diciéndole al Prelado, que aquel Cura era su Amo y su Señor, y que le debía lo que nunca acertaria á agradecerle. Otro Cura, al verle entrar en su Pueblo acompañado de mucha gente, rezando y cantando con él, se irritó tanto, que á gritos llamó la atencion de todos, diciéndoles: «¿Acaso habeis salido á recibir á este Padre, porque le teneis por Santo? Los Santos son Santo Domingo y San Francisco, que este es un hipócrita que engaña al Mundo.» Pero el V. Padre sufrió con toda paciencia, porque fundaba su zelo y su doctrina en la humildad apostólica, que á los que les maldecian, les bendecian, padecian la persecucion, y la toleraban, eran tratados como escoria del Mundo y escobas vilísimas, y sin confundir ni avergonzar á alguno, á todos les amaban, como á hijos engendrados en Jesuchristo por la predicacion de su Evangelio.

Con moderacion tan christiana gozaba el V. Padre una tranquila y quieta vida en toda piedad y pureza, las que denotaban así la honestidad de sus palabras, como la gravedad de sus costumbres. Por ellas consiguió que traginando los dos Reynos entre todo género de personas, en medio de los mayores peligros y ocasiones incentivas, conservara interior y exteriormente intacta su virginal pureza, templando siempre sus afectos y sentidos con el temor santo de Dios,

que le hacia despreciar los deleytes que el Mundo facilita, el Demonio sugiere y la Carne apetece. Bien pudieran ponerse vencidos estos tres enemigos á los pies del V. Padre, en vista de aquella templanza que se vió en el caso de provocarle á la torpeza una muger hermosa, y de que se hizo memoria en el capítulo tréce del primer Libro, en el que si el Demonio jugó todas las piezas de su infernal astucia, él y sus garantes el Mundo y la Carne salieron vencidos con la conversion de la muger con quien trazó tan alevosa tragedia.

Excelente fue tambien su modestia en el trato común y ordinario que le era preciso con las Indias de las Misiones, y aun tambien con los hombres, para desarraigales de sus bárbaras desnudeces é incultas costumbres; pero mas necesaria le fue en el de las mugeres Christianas, pues aun quando vienen con el nombre de penitentes, vienen en traje de Comediantas, y así se cauteló de todas con

tan raro extremo, que dos años y medio antes de su muerte, dixo en el Confesonario á otro Misionero: «Bendito sea Dios, que hasta ahora no sé como tienen el rostro las mugeres.» No por eso le faltaron los estímulos de la carne, de que Satanás se valia para ávivar mas sus sugestiones y atormentar su espíritu; y preguntado del Confesor, cerca de morir, sobre los pensamientos, confesó: que aunque los habia tenido graves por sugestion del Demonio, pero no habia consentido en alguno; pues yo, decía, he sido un bruto, que si Dios no me hubiera tenido de su mano, no sé que fuera de mí. Este humilde conocimiento, y ese favor divino, fueron los que le conservaron siempre puro, para que como vaso de eleccion llevara el santo nombre de Jesus á las gentes mas incultas y naciones mas remotas; y anunciándoles el Evangelio, purificara sus almas con las aguas del Bautismo.

CAPITULO XXVII.

Asperas mortificaciones con que el V. Padre aspiraba á la perfeccion de las virtudes.

Admirable es la armonia que entre sí tienen las mortificaciones de la carne y la perfeccion de las virtudes: no son las asperezas virtudes, pero son los instrumentos que las perfeccionan, por eso deben arreglarse con la moderacion que mas las adapte al ministerio de cada uno, para que pueda ofrecer su cuerpo hostia viva, santa y agradable á Dios, como racional obsequio á su obediencia y agrado. Desde los siete años, segun confesó el P. Fr. Anto-

ño, estaba puesto en los brazos de Christo crucificado, y por eso no pudo ser sin soberano instinto, el que desde esa edad llevara en su cuerpo la mortificacion de Jesus, y la exercitara en huir de todos los pueriles divertimientos, en la prudente taciturnidad de su lengua, en la guarda de sus sentidos, en su rara abstinencia para socorrer á los pobres, en la perseverancia en los Templos, olvidado del necesario alimento, en la modestia, que le hacia ignorar el ca-